Deseo comenzar haciendo una dedicatoria y un homenaje.

Quiero dedicar este pregón a mi familia; a mis padres y a mi hermana. Pero homenajear de manera especial a mi madre. No sólo por el hecho de que lo sea, que no es poco, sino porque voy a pregonar las Fiestas de la Purísima Concepción, madre de los yeclanos.

La devoción a la Virgen, a nuestra Madre, es algo que a mí me fue transmitido por vía materna. Y estoy convencido de que es así para una mayoría de nosotros.

Mi madre, como tantas y tantas madres yeclanas, encendió en mí la llama de la devoción a la Purísima y la ha preservado para que no se apague a lo largo de toda mi vida: Me ha llevado al Castillo desde muy pequeño; me acostumbró a subir siempre que he emprendido una aventura extraordinaria, desde un viaje hasta unas oposiciones, tanto para pedir que todo vaya bien como para dar gracias por ello; mi madre se ha asegurado de que en mi cartera y en mi coche nunca falte una fotografía de la Virgen; mi madre, cuando la Virgen está en el pueblo, y a pesar de que sabe que no voy a faltar ningún día, siempre me dirá: “Nene; ¿Has ido hoy a ver a la Virgen?”.

Son estas palabras y hechos repetidos a lo largo de los años en muchísimas casas yeclanas, en la mía también. Es por ello que en la persona de mi madre quiero homenajear a todas las madres, las que sembraron en nosotros, avivándolo cada día, el amor a María en su Purísima Concepción, a nuestra Madre. Porque ha sido este sentimiento de devoción, por encima de cualquier otra consideración, lo que me ha dado la fuerza y la valentía necesarias para estar aquí esta noche pregonando las Fiestas

Así pues, mujeres y madres yeclanas, mamá, este pregón va dedicado a vosotras, va dedicado a ti.

Señor alcalde de Yecla, autoridades regionales y corporación municipal.

Señor presidente de la Asociación de Mayordomos y junta directiva y de gobierno.

Señor cura párroco y consiliario, y demás dignidades eclesiásticas.

Señora presidenta de la Corte de Honor de la Purísima y asociadas de esta entidad.

Señor capitán mayordomo del Bastón.

Señor alférez mayordomo abanderado.

Compañía Martín Soriano Zaplana.

Queridos familiares, amigos y vecinos de la Muy Noble, Muy Leal y Fidelísima Ciudad de Yecla.

Buenas noches.

Comienzo pidiendo disculpas por el atrevimiento de presentarme ante Ustedes aquí, en esta noche, en este lugar, para, al pregonar las Fiestas de la Virgen, ocupar el lugar de los treinta y un ilustres pregoneros que antes que yo han desempeñado este honorable cometido.

No voy a entrar en consideraciones acerca de si mis méritos son los adecuados para ocupar esta noble tribuna. La Asociación de Mayordomos me ha confiado el encargo y por ello sólo puedo manifestar mi más sincera gratitud.

Y sí; sí creo tener, si no méritos, tres características que, pensé cuando me hicieron el ofrecimiento, me permitirían afrontar este reto con dignidad: apego a nuestras Fiestas Patronales, amor a Yecla y, sobre todo, devoción por la Inmaculada Concepción, nuestra Patrona. Es pues, con este bagaje, con un profundo sentido de la responsabilidad y mi confianza puesta en la Virgen, a la que pido que me ilumine, con lo que esta noche me presento ante ustedes para pregonar nuestras Fiestas.

Pero no voy a estar solo: voy a contar con los sentimientos y las ideas hechas palabras de autores, de poetas. De ellos tomaré prestados versos y frases que plasman mi sentir mejor de lo que yo lo pudiera hacer. Poetas como Martín Martí Font, Ramón Puche, Manuel Vicente, y mis muy

queridas profesoras y amigas Inmaculada Pascual y Concha Palao; esta, además, pregonera en 1988.

Con mis mejores propósitos y en tan buena compañía me dispongo a comenzar.

Dice el Diccionario de la Real Academia Española que pregonero es el “Que publica o divulga algo que es ignorado”. Todos los aquí presentes y los que me puedan escuchar a través de cualquiera de los medios de comunicación que difundirán este pregón saben mucho acerca de nuestras Fiestas. Por tanto ¿Cuál va a ser mi objetivo aquí esta noche? ¿Acaso ilustrar? ¿Por ventura descubrir algo nuevo? No. Simple y llanamente voy a intentar transmitir el fervor, la devoción, el amor... todos los sentimientos que mi alma acoge desde que tengo uso de razón hacia la Virgen, hacia Yecla y hacia las Fiestas. ¿Digo desde que tengo uso de razón? Desde que tengo memoria e incluso antes. Desde siempre. Y como me cuesta expresar esa prematura pasión, esa precoz inclinación, presto mi voz a Antonio Machado, para que con estos dos sencillos y profundos versos sea él quien lo exprese por mí:

*“Me habéis llegado al alma,
¿o acaso estabais en el fondo de ella?”*

Las Fiestas, es una obviedad, se hacen más presentes cuando el otoño comienza a acortar las tardes y el frío recupera poco a poco su presencia en nuestras vidas. Parece un tópico: las fiestas, la familia, la nostalgia de los que se fueron... son cosas que se han trivializado mucho a fuerza de invocarlas pero que, cuando le tocan a uno de cerca, se da cuenta de que son una gran verdad.

A veces, al leer la mayor parte de la literatura escrita sobre las Fiestas, al conversar sobre las mismas con muchas personas, sobre todo si ya van teniendo unos años, da la impresión de que sobre ellas flota una nube de melancolía, de tristeza. Y un poco es así. ¿Cómo es posible no sentir una punzada de tristeza por el recuerdo de los nos dejaron? ¿Cómo es posible no sentir la agridulce nostalgia de los tiempos que no volverán? Los familiares, los amigos, las vivencias que nos acompañaron en años

pretéritos retornan a nuestra memoria cíclicamente cada diciembre. Pero todo esto está en las raíces de nuestro amor, en mi amor, a la Virgen, a sus Fiestas, a Yecla. Son los cimientos sobre los que se levanta un cúmulo de sentimientos incomprensibles sin el pasado, sólidos en el presente a la par de esperanzadores para el futuro.

Les invito a hacer un viaje. Un recorrido por las Fiestas, por su historia. Pero, pese a que me considero un celoso guardián de la más pura y estricta tradición de nuestras Fiestas, ese recorrido no va a ser por su Historia con mayúsculas, esa que nos lleva a recordar su origen en los alardes de armas, las Ordenanzas de 1786, el ritual... No. Va a ser por “mi historia”; por mis vivencias personales de las Fiestas de la Virgen. Podrá parecer algo de escaso valor. Pero para mí lo tienen, y mucho. Son los recuerdos atesorados a lo largo de mi vida; recuerdos que muchas veces podrán ser, si no idénticos, sí muy similares a los de otros muchos yeclanos que han vivido las Fiestas como yo, unas veces como espectador-participante, otras como tiraor, en los diferentes actos de las mismas. Son recuerdos que pasan por momentos especialmente trascendentes para el sentir colectivo de todo el pueblo de Yecla en torno a sus Fiestas y a su Virgen. Momentos en los que yo he estado. Momentos que yo he vivido y sentido profundamente. Unas veces de manera anónima y otras con mayor protagonismo, como todos los que hoy están presentes y me escuchen de un modo u otro.

Quiera la Virgen que los recuerdos de mis vivencias en torno a Ella, a Sus Fiestas y a Yecla, puedan enlazar con recuerdos que todos atesoran, y que podamos hacer unidos un viaje a través de la nostalgia, un recorrido por el júbilo, el fervor, las emociones... que todos hemos sentido a lo largo de nuestra vida. Son éstos, un viaje y un recorrido del corazón.

Y comenzaré esta andadura, como no podía ser menos, por mi infancia.

“Los ojos de los niños son unas ventanas muy abiertas, por las que se cuela la vida a borbotones, con una fuerza inmensa. Las vivencias

infantiles son las raíces sobre las que crece y madura la vida de una persona...” Inmaculada Pascual, programa de Fiestas, año 2009.

Recuerdo que cuando era muy pequeño, durante las Fiestas, con el simple estampido de un arcabuz o, si yendo con mis padres nos encontrábamos a la soldadesca por una calle, no había más remedio que girar sobre nuestros talones y rodear por otra si no querían arriesgarse a un berrinche de padre y muy señor mío. ¡Mira que me daban miedo los tiros!

Pero no sólo conservo ese temeroso recuerdo. Otros recuerdos son mucho más gratos. El Día de la Bajada o el de la Subida. Los dos están unidos a un sabor grato, apacible y muy, muy dulce.

Tenía que ser yo muy, pero que muy pequeño, y sin embargo esta escena no la he borrado de mi memoria: era el día de la Bajada. Yo había ido con mi padre, fuertemente asido de su mano, a esperar a la Virgen en la Plaza. Había allí una especie de rifa en la que se adquirirían unas tablas con naipes de baraja española. Se obtenía el premio si los naipes que salían en el sorteo coincidían con los tuyos. Pues bien... ¡Nos tocó! ¡Turrón! Cuando la Virgen pasó, yo me sentía el niño más feliz del Mundo. Con una mano seguía firmemente asido a la de mi padre. La otra se aferraba con toda sus fuerzas a aquella tableta de turrón. Estaba tan emocionado que creo que ni siquiera percibía los tiros.

La Subida era otro momento dulce. No subíamos entonces al Castillo. Acompañábamos a la Virgen desde la Basílica hasta la Iglesia Vieja, el primer Paso o todo lo más el Paso de la Bandera. Todo dependía de mi aguante. Pero yo aguantaba y esperaba el regreso porque sabía que al regreso, pasando por la Plaza, caería el reglamentario cartucho de caramelos.

A pesar del miedo a los tiros... ¿Cómo no se iba a despertar en mí el gusto por unas Fiestas que tenían un pórtico y una salida tan dulces?

El tiempo caminaba y avanzaban los años y, más o menos, se sucedían las Fiestas de una forma parecida año tras año. Pero el final de mi infancia (entonces creo que éramos niños durante más tiempo que en la actualidad) está indisolublemente unido a una efemérides excepcional: 1979, las Bodas de Plata de la Coronación de la Virgen.

Creo que fue ese el momento cuando comencé a entender la profunda significación que la Virgen y sus Fiestas tenían para el pueblo de Yecla.

Para comenzar, me puso en contacto con los recuerdos amorosamente atesorados del año 1954: el año de la Coronación. Mi madre ¡Siempre mi madre! Incansable cronista de la vida y los acontecimientos de Yecla y de nuestra familia, evocó y nos habló por lo menudo de todos y cada uno de los afanes, ilusiones, hechos, personajes, ceremonias... Describía el entusiasmo de todo el pueblo, los preparativos, el ornato de las calles y las casas, algo tan difícil en tiempos todavía de penurias, pero que se consiguió supliendo las carencias con fe, entusiasmo y trabajo. Narraba la emoción de los asistentes al ser coronada la Sagrada Imagen en la multitudinaria ceremonia del día siete en el Jardín...

Es gracias a estas evocaciones preservadas en el seno de mi familia cuando mi sentir de las Fiestas dejó atrás el sentimentalismo sencillo de lo infantil. Y fui por ello consciente de lo importante que la Virgen era para tantísima gente en Yecla, de la trascendencia que todo lo relacionado con Ella parecía tener.

El año iba transcurriendo y los acontecimientos parecían sucederse exasperantemente lentos e inciertos. Eran tiempos de encrucijada y novedades. La democracia estaba casi inédita, grandes cambios acababan de efectuarse en la vida de Yecla tras las elecciones municipales. Yo intuía en los mayores la expectación hacia lo desconocido. En relación con las celebraciones del XXV Aniversario, les oía decir que no iba a ser lo mismo, que los tiempos habían cambiado, que no se iba a poder comparar... Nunca pude, ni podré compararlo con el año 54, pero mis recuerdos del 79 son los de algo entusiástico. Por descontado que las celebraciones, el recorrido de la Virgen por todo el pueblo ¡pasando por mi calle! la apoteósica ceremonia en la explanada de la Feria del Mueble... todo ello

fue espectacular. Pero recuerdo sobre todo los preparativos. En casa se procedió a una exhaustiva limpieza, de esas de los viejos tiempos; se reconvirtieron los viejos faroles de aceite de los balcones adaptándolos para la corriente eléctrica; se compraron las colgaduras, a las que se les colocaron el forro y los flecos de rigor. Y el nene, o sea, yo, ¡venga viajes a hacer *mandaos* (como aquí se dice) a tal y cual sitio y, sobre todo, a la *Casa de la Virgen*!

La *Casa de la Virgen*... comenzó llamándose *Bazar de la Virgen*. Estaba en la calle del Hospital, a cuatro zancadas de casa, como quien dice. Me acuerdo de las colas, algunos días monumentales, sobre todo cuando faltaban colgaduras y llegaban después de lo previsto; de los variopintos objetos que se pudieron llegar a vender: los famosos sellos de correos con la imagen de la Virgen, las chapas, medallas, fotos... y tantas y tantas cosas.

Y cuando recuerdo todo esto, aquel trajín, aquella febril animación que se fue apoderando de Yecla en los meses otoñales de 1979, resuena nítida en mi cabeza una voz que, desde la radio, arranca su programa cada tarde diciendo: “Bodas de Plata”. Es la voz de Koki, añorado Koki... Mis recuerdos de las celebraciones del XXV Aniversario de la Coronación son inseparables de su voz y su entusiasmo inextinguible.

Claro que fueron muchas las personas que trabajaron con denuedo para llevar a buen puerto las Bodas de Plata, pero yo, en aquel tiempo, desconocía por mi edad los entresijos de todo aquello. Para mí era la radio, la radio que inexorablemente se escuchaba en mi casa cada día, era ella la que me transportaba a aquel sueño que se iba convirtiendo en realidad poco a poco. Y el animador, el incansable pregonero de actos, informador de comisiones, vendedor de todo lo vendible, altavoz de voces ajenas (recuerdo una entrañable sección titulada “Venga y diga” donde cualquiera podía ir a la radio a expresar sus recuerdos, sus vivencias, sus expectativas sobre la Virgen y la celebración)... pues bien, esa persona que me ponía en contacto diariamente con lo que se avecinaba, era él, Koki. Su voz iluminó por vez primera muchos de los versos que poetas yeclanos han dedicado a la Virgen, antes de poder disponer de ellos en versión impresa. Algunos forman parte desde entonces de mi personal imaginario de las Fiestas, como esos de Martín Martí Font que dicen así:

“Virgen de mi pueblo, Madre Inmaculada:

*Todos mis anhelos hoy a Ti dirijo,
pues quiero cantarte, Virgen adorada,
de dulce mirada,
Madre santa y bella del más bello hijo”.*

Una voz y unas Fiestas, las de la conmemoración del XXV Aniversario, que impregnaron mi mente y mi corazón y abrieron el proceso de maduración de mi devoción a la Virgen y mi apego a las Fiestas.

Los años siguientes albergan grandes cambios en mi vida: instituto, universidad... en ellos me sentí un poco yeclano ausente, aunque la distancia no fuera mucha y el tiempo no fuera tanto, pero ¡Con diecisiete años, la medida del tiempo es tan distinta! Fueron aquellos años de grandes cambios en las Fiestas: aumentó extraordinariamente el número de *tiraos*, la primitiva austeridad fue desapareciendo y se fueron haciendo cada vez más y más esplendorosas.

Es también en aquellos años, concretamente en 1986, cuando se conmemoró el II centenario de las Ordenanzas. Y así se inicia un proceso no acabado todavía de investigación y recuperación de las raíces históricas de las Fiestas.

El tiempo seguía transcurriendo y mi personal ritual de las Fiestas se repetía año tras año, a la vez que mi conocimiento de las mismas iba siendo más profundo y mi aprecio más consciente pero también más sentido. Y llegamos a una fecha crucial: el año 2000. Fueron muchos los acontecimientos en mi vida ese año. Algunos me proporcionaron una inesperada proyección pública. De entre ellos destacaré la proclamación del Pregón de la Semana Santa. Pero hay un hecho trascendental en mi vivencia de las Fiestas de la Virgen: en el año 2000 salí por vez primera a disparar. Porque, se me había olvidado decirlo, mi miedo infantil a los tiros pasó a la historia siendo adolescente.

La ilusión porque saliera a disparar era algo muy vivo en mi familia, sobre todo en mi madre. En mí me temo que no tanto. Pero lo que son las cosas; cuando ya todos parecían haber desesperado, aquel año me decidí por fin. Fue algo súbito, ni yo mismo me explico lo repentino de mi determinación. Había que ver las carreras y los sofocos para que todo estuviese a punto pero, finalmente, estuvo.

Allí estaba yo por fin, el día siete, con mis arcabuces camino del Castillo. Créanme, cuando disparé por vez primera, por cierto con bastante malas trazas - todo hay que decirlo- aunque, a fin de cuentas eran trazas de principiante, pensé en todo el caudal de ilusión puesto en ese momento. Pues ¿Y por la tarde? Salí en la Ofrenda, con mi madre. Estaba guapísima -todo el mundo lo decía- orgullosa y satisfecha, como pocas veces la había visto. Ella convertía así en realidad uno de sus grandes sueños, ilusión compartida por tantas madres de arcabuceros que han desfilado y desfilan del brazo de sus hijos.

Podría seguir contándoles muchas cosas de aquel mi primer año pero ¿Qué voy a contar de esa emoción a muchos de los aquí presentes? Yo siempre había disfrutado de las fiestas como espectador, pero la emoción y el gozo que se experimentan participando son incomparables.

Así transcurrieron las Fiestas durante dos años, pero las del año 2003 fueron diferentes ¡Y tan diferentes! Era Mayordomo de la Bandera Sebastián Ortega. Era la primera vez que iba a participar de lleno en una mayordomía. No pudo ser.

Me perdí las Fiestas; bueno, la Virgen dispuso que las viviese desde una habitación del hospital que lleva su nombre. El mismo día 8 de diciembre me dieron el alta. Recuerdo perfectamente que mi familia no me quería dejar solo en casa esa tarde, pero yo insistí en que debían ir a la Procesión. Finalmente me salí con la mía. Oí en la distancia el retumbar de los castillicos. Me asomé a los cristales de la puerta de mi casa. A lo lejos se veía el pueblo y yo miraba el fulgor de las palmeras de colores que se dibujaban sobre un cielo oscuro y frío. Y digo miraba y no digo veía; porque apenas veía. Mis ojos estaban velados por las lágrimas, lágrimas de tristeza pero también de agradecimiento. La Virgen, a quien yo tanto había implorado, había querido que todo saliera bien. Y en ese momento afluyeron a mi memoria unos versos de Manuel Vicente que tantas y tantas veces había leído y había oído recitar. Fue ahí, cuando se revelaron ante mí en toda su profundo y auténtico significado:

*No se que tiene este día
típicamente yeclano,*

*para que tanta alegría
y tanta melancolía
vayan juntas de la mano.*

*No se que tiene este día
tan glorioso y Mariano,
que hasta la Virgen María
es posible que sonría
mirando al pueblo yeclano.*

Pero la vida se renueva y tras una tristeza siempre viene una alegría. 2004: Cincuenta Aniversario de la Coronación Canónica de la Purísima Concepción y Año Jubilar. ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Si hace un momento estábamos en las Bodas de Plata! Vamos otra vez de celebración. Otro momento destacable en mi vivir de las Fiestas.

Fui llamado para formar parte de la Comisión organizadora. De nuevo las prisas, el trajín, la incertidumbre... ¿Será como en el 54, como en el 79? Obviamente no. Los tiempos habían cambiado, y mucho. Pero, pese a las evidentes diferencias, el balance fue muy satisfactorio.

Se realizó una notable programación cultural: conciertos, edición de libros, restauración del campanario de la Iglesia Nueva... Pero lo más importante desde mi punto de vista no fue lo material. No. Sobre todo esto, que es importante, quisiera destacar especialmente la trascendencia que el año 2004 tuvo para los yeclanos, para nosotros. Porque, a fin de cuentas, se trató de una efemérides en la que muchos visitantes que buscaban alcanzar el Jubileo tuvieron cabida pero, sin lugar a dudas, el Cincuenta Aniversario fue intrínseca e íntimamente nuestro. Y para corroborarlo ahí está la entusiástica acogida que nuestra Virgen, la Purísima Concepción, tuvo en Su estancia en Yecla durante el mes de octubre. Desde Su inhabitual "Bajada" hasta Su despedida, y a lo largo de Su peregrinación por las distintas parroquias y por todas las calles de nuestro pueblo, la multitud que arropó a la sagrada imagen, las innumerables visitas que recibió en todos los templos, la masiva asistencia a los cultos celebrados, la espontánea y sana competencia entre los vecinos de las distintas calles para adornar éstas, creo que son testimonio más que sobrado de que en Yecla, la

devoción mariana es algo que estaba, y está, muy vivo, más vivo de lo que algunos podrían haber supuesto.

Si he de elegir entre los múltiples y entrañables recuerdos que me dejaron los acontecimientos extraordinarios de la celebración del Cincuenta Aniversario, es el acto conmemorativo celebrado en el parque. Bueno, más que el acto el recorrido hacia el mismo. Caminaba yo tras de la Sagrada Imagen. El frío era espectacular, de auténtico diciembre yeclano; negros nubarrones amenazaban con la lluvia que se dejó caer al finalizar el acto. Pero yo no sentía frío, sentía una especial alegría, una alegría que me contagiaba el repicar de todas las campanas. La alegría que plasmó de una forma tan lograda Ramón Puche en sus versos:

*“Diecisiete campanarios,
con diecisiete campanas,
lanzan a los cuatro vientos
un mensaje de llamada,
y las aristas del aire,
vibran a voces metálicas...
Yecla despierta en la fiesta
con un gozo de campanas”.*

Desde entonces los años han ido pasando. No ha habido acontecimientos extraordinarios en mi vivir de las Fiestas. Aunque, bien pensado, quizás no sea del todo cierto. Porque, año tras año, se ha venido sucediendo lo cotidiano. Y lo cotidiano, aunque pueda parecer repetitivo, trae consigo la novedad extraordinaria de los sentimientos renovados. Quizás las escenas resulten parecidas, pero el sentir es siempre nuevo:

- Es nuevo el júbilo que me invade cuando, a la una del mediodía en un aula, cualquier cinco de diciembre, el repique de las campanas, el estampido de los cohetes y el detonar de los primeros arcabuzazos hagan que, irremediabilmente dirija mi mirada hacia el Castillo e interrumpa la clase para decir a mis alumnos: “chicos, las Fiestas acaban de empezar”.

- Es siempre nueva la alegría chispeante de la tarde del día del Paseo cuando con mis amigos, y desde nuestra remota adolescencia, nos dedicamos a hacer un prólogo vinícola y jovial a las Fiestas. A veces somos legión, a veces un reducido grupo, con invitados forasteros, sin ellos...pero seguimos siendo fieles a ese ritual que nos adentra en las Fiestas con el espíritu bien dispuesto. ¡Y pensar que hay quien dice que las Fiestas no son divertidas!

- Renovada la emoción con la que, en la puerta de la Basílica, intentando atravesar con la mirada la cortina de humo, me impaciento pensando que la Virgen está tardando este año más que otros en aparecer por la esquina de la calle Corbalán. Y eso que sólo hace unos minutos que ha pasado por el Ayuntamiento, como han comunicado los cohetes de rigor.

- ¿Y qué decir de la tarde del día ocho? ¿Acaso no vivo cada año con entusiasmo renovado la entrada triunfal de la Virgen en la Basílica? La espera a pie firme sin temor al frío siempre plantado casi en la misma losa del Atrio, la bandera que parece flotar en un mar de fuego y humo y, por fin, la Virgen. La Virgen que hermosa como nunca y como siempre avanza soberana y majestuosa hasta Su Basílica. Y mis carreras para coger un buen sitio en el altar y así poderla contemplar en Su triunfal avance, mientras los tiros, las campanas y las voces de Sus fieles se funden en una ensordecedora, melodiosa sinfonía.

- Y llegamos al día de la Subida. Es un día lleno de sentimientos a veces encontrados y difíciles de explicar, pero igualmente siempre renovados, siempre sorprendentes. Desde un lugar privilegiado y entrañable especialmente y sobre todo por la cálida acogida que me vienen proporcionando desde hace muchos años, soy excepcional testigo de la Minerva, cuando, como dijo Concha Palao en su pregón *“se funden el amor de un pueblo a su Virgen, con el amor de Dios a su pueblo”*.

La Subida es otra cosa. La Subida funde en mí sentimientos siempre contradictorios: a la alegría festiva con aires un poco de romería le sucede siempre, dentro del Santuario, la contemplación

cercana de la Virgen, mientras escucho los cantos de los Auroros acompañando con mi voz el “Bendita sea tu pureza”, que es lo único que sé. Y, al acabar, mientras fuera ya va quedando poca gente, que baja bulliciosa celebrando lo que para los yeclanos es el “principio de la Navidad”, al salir del Castillo siempre me vuelvo y le digo a Ella: “hasta el año que viene, si Tú quieres”.

Vivencias, son éstas sólo vivencias, recuerdos, nostalgias, alegrías, penas... podrán parecer banales. Son, probablemente, muy parecidas a las que muchos de ustedes, muchos yeclanos, habrán experimentado. Como decía antes, no son nada extraordinario. Pero son mis vivencias, son mi personal ritual de las Fiestas. Son latidos de mi corazón con los que cada año renuevo mi compromiso de amor con mi pueblo, con la Virgen y con Sus Fiestas. Y es esto sólo lo que me ha dado la valentía necesaria para haber pregonado hoy las fiestas de la Virgen: porque no he pretendido hacer un discurso erudito, grandilocuente, ni siquiera hermoso. Sólo he querido abrir mi pecho; el pecho de un yeclano enamorado de su pueblo, de sus Fiestas y de su Virgen.

Yeclanos, desde aquí os invito, permitidme el tuteo ahora que estoy a punto de acabar, a vuestra, a nuestra Fiesta: Adornad vuestros balcones, participad en los distintos actos, acudid a visitar a la Virgen, pero, sobre todo, haced que estos días sean entrañables para todos. Haced vuestras las Fiestas renovando, como yo hago cada año, y como decía hace un momento, vuestro compromiso de amor con Yecla, la Virgen y Sus Fiestas.

Voy dando por finalizado este Pregón. De antemano os doy las gracias por vuestra paciencia al escucharme y por la benevolencia que espero mostréis ante mis simples palabras. Y las doy de antemano porque no quiero ser yo quien les dé fin con un convencional “muchas gracias”. Quiero que el pregón lo acabéis vosotros, queridos amigos, respondiendo con todo el amor de vuestro corazón y toda la intensidad de vuestra voz a este... ¡Viva la Purísima Concepción!

Francisco Vicente Palao Puche